

¿Existe una tercera opción? El anarquismo reformista y las ideologías socialista y capitalista.

*JOSE PEREZ ADAN
Macquarie University. Sidney.*

Una práctica corriente entre los distintos autores de tratados sobre Ideología Política, es la de aglomerar a las diferentes escuelas anarquistas en un grupo ideológicamente uniforme. Este error deriva de la falta de análisis crítico con que muchas veces se aborda el estudio del movimiento anarquista. En la mayoría de los casos, la actividad revolucionaria y el sensacionalismo de la propaganda activa han oscurecido y hasta ocultado por completo el mensaje ideológico. Esta es la razón del casi completo olvido en el ambiente intelectual de nuestros días de un grupo de reformadores sociales que, aunque llamándose anarquistas, preferían la reforma a la revolución y detestaban la violencia y el desorden. Este grupo de reformadores propugna una tercera opción y al mismo tiempo elabora una punzante y en algunos casos definitiva crítica de las filosofías sociales más en boga. Esta escuela de anarquistas reformistas está basada en Inglaterra y en los Estados Unidos. El primer representante del grupo es Willian Godwin que escribe a principios del siglo XIX. Josiah Warren (+1874) y Ben Tucker (+1939) son sus continuadores en América, y Herbert Read (+1968) y Eric Gill (+1945) en Inglaterra.

La mayoría de los activistas anarquistas han tratado de dejar claro qué es lo que separa el anarquismo de otras doctrinas sociales. Este esfuerzo ha originado que muchos autoproclamados anarquistas vean la doctrina que dicen profesar, con un criterio exclusivamente comparativo. Se está de acuerdo en lo que no es anarquismo pero



no se ha elaborado una ideología con la categoría intelectual suficiente como para justificarse a sí misma en términos abstractos. Al tratar de marcar las diferencias entre el anarquismo por un lado y el socialismo y el liberalismo por otro, muchos anarquistas han usado la crítica liberal contra el socialismo y la crítica socialista contra el liberalismo y naturalmente no han conseguido ilustrar eficazmente que el liberalismo y el socialismo son más afines entre sí que cualquiera de los dos con el anarquismo¹. Esto se debe en gran parte a que la mayoría de los anarquistas europeos se han considerado parte de la ola revolucionaria que arrojó Europa entre la dos guerras mundiales.

Cuando consideramos el caso de los anarquistas anglosajones en particular, nos encontramos con una situación totalmente distinta. A causa de su actitud reformadora, los anarquistas *reformistas* no han tenido que acomodarse a vivir junto a los militantes de los partidos de extrema izquierda y esto ha servido para producir un cuerpo de ideología política exento del excesivo "comparativismo" del que pecan los anarquistas revolucionarios. Esta es la razón fundamental por la que los anarquistas anglosajones están en una posición que les permite elaborar una crítica del capitalismo muy superior a la de sus colegas en el continente. Esta crítica está centrada en cuestiones básicas de ideología marcando la diferencia entre anarquismo y anarquismo y olvidándose del debate entre la derecha y la izquierda o entre la reacción y la revolución (Bakunin).

Nuestro grupo de autores sintió la necesidad de oponerse ideológicamente al anarquismo de izquierdas subrayando las diferencias que habían pasado inadvertidas para la mayoría de los activistas anarquistas con inclinaciones revolucionarias. Como consecuencia, el debate suscitado en las páginas de *Liberty*, la revista editada por Tucker, entre anarco-comunistas y anarco-individualistas es tan encendido que el lector no puede sino preguntarse si existe alguna similitud entre las dos tendencias. El deseo anarco-reformista por distanciarse de los anarquistas revolucionarios y en particular de Bakunin, Kropotkin y los anarquistas latinos, llevó a Warren a bautizar sus doctrinas con el nombre de "conservadurismo americano"². Nuestros autores culpan al anarquismo continental con su militancia de partido y su táctica revolucionaria por el fracaso de la idea anarquista y su rechazo por la opinión pública. Las masas no han seguido al anarquismo por miedo a la imagen distorsionada que les ha sido presentada. El anarquismo revolucionario ha encontrado demasiados problemas de tipo intelectual en su ideario y en vez de resolverlos ha preferido la cómoda situación de alinearse ideológicamente con los partidos de la izquierda parlamentaria.

1 cf. SHATZ, M. *The Essential Works of Anarchism*. New York, 1972. p. XIV

2 cf. DE LEON, D. *The American as Anarchist*. Baltimore, 1978. p. 65.

Entre los anarquistas reformistas, Tucker y Gill son los que presentan una crítica más profunda de las filosofías socialista y capitalista. En ambos casos el punto de partida es una afirmación anarquista desde el punto de referencia de la concepción del principio de autoridad en la ley natural. Warren ya había criticado el principio de autoridad defendiendo la independencia económica del individuo como una aspiración natural de la persona humana. El concepto de autoridad, cuando es sostenido por el poder del capital o igualmente cuando es sostenido por la dictadura de la mayoría, necesariamente oprime la independencia económica del individuo y paulatinamente aniquila su personalidad.

Warren clama por el fin de la tiranía del dinero. En 1847 escribía que “el poder opresor del capital no se puede resistir con medios ordinarios —el poder y la autoridad del económicamente poderoso se empiezan a admitir abiertamente con peligrosas connotaciones, y muchas mentes preclaras ven el futuro lleno de violencia, confusión, y sin esperanzas; el grito de la miseria y llamadas al remedio se oyen de todas partes”.³ Warren capta en sus escritos el estado de crisis y de convulsión propio del siglo XIX y al mismo tiempo sugiere que la pérdida de identidad cultural en el mundo occidental es sólo aparente debido a la confusión originada al equiparar vitalidad ideológica con suficiencia económica. La viabilidad cultural de cualquier tradición ideológica está garantizada si se solucionan las injusticias económicas que la pueden llevar al desastre. En el caso de la nueva sociedad industrializada, la confrontación entre el capitalista y el trabajador no soluciona nada. Esta confrontación a lo sumo perpetuaría el sistema de explotación económica y esclavitud escondiendo los problemas de base debajo de pactos de intereses creados. No se trata de encontrar un punto medio aceptable a todos sino de suprimir la confrontación y sustituir la dicotomía productor—parásito por un sistema de independencia económica. Los pactos de fuerza entre sindicatos y productores, incluso cuando los sindicatos están en la posición de dictar sus términos, no representan otra cosa que la perpetuación de la tiranía. Warren no tenía sino malas memorias de lo que llamaba “la experiencia comunista”.⁴ Todo lo que lleva a anular la responsabilidad individual y a instalar una nueva capa de “oficialidad pública” basada en el concepto de autoridad, irremisiblemente perpetúa las injusticias. Lo importante no es cambiar la fuente de autoridad sino encontrar un sistema económico que permita al individuo tomar completa responsabilidad por sus acciones respetando al mismo tiempo los mismos derechos en los demás.

Aunque en algunos escritos de Warren, Tucker, Read y Gill es posible encontrar pasajes de simpatía e incluso de alabanza por la causa socialista, la crítica que

3 MARTIN, J. *Men Against the State*. Colorado Springs, 1970. p. 49.

4 cf. *Ibid.*, p. 13.

del socialismo hacen estos autores es despiadada y contundente. Los anarquistas reformistas no rechazan los esfuerzos comunitarios y la amalgación de intereses cuando estos son el resultado de la libre iniciativa individual y cuando no hay obligatoriedad moral emanando de una entidad central previa. El carácter social de la naturaleza humana es defendida por todos los anarquistas y es en este sentido en el que Tucker considera que todos los anarquistas son "socialistas". Si por socialismo entendemos el sistema de relaciones sociales existente entre individuos soberanos con un mínimo número de pactos destinados a impedir que la riqueza y el dinero se tornen en medios de explotación del trabajo humano, entonces socialismo es una de las metas del anarquismo. Pero esto no es lo que defienden los socialistas y particularmente los marxistas. Tucker acusa a los marxistas de haber traicionado la causa social al instituir un sistema que contribuye a la supresión de la libertad económica del individuo. Lo que une al marxismo y al anarquismo, y en este sentido se pueden considerar como dos doctrinas "socialistas", es el deseo de destruir el sistema de explotación capitalista⁵. Pero al mismo tiempo se debe tener presente que lo que une al capitalismo y al anarquismo es el antagonismo al sistema de explotación socialista que no es sino un retiro de la verdadera idea reformista del siglo XIX de libertad económica para el individuo. Así, el socialismo ha venido a formar parte del sistema que pretendía destruir que no es otro que el sistema de autoridad arquista, sea este marxista o capitalista. Tucker afirma que la perpetuación del arquismo se debe principalmente a la capitulación socialista que supuso la partida de la panacea liberal. Si el poder corrompe, decía Tucker, está claro que el socialismo creció corrupto al enorgullecerse de su poder revolucionario.

Los discípulos de Godwin y Warren siempre se han retraído de cualquier alianza política que pudiera comprometer su deseo de proponer una alternativa válida a la política del poder bruto: ese tipo de gobierno asentado en la dictadura parlamentaria de la mayoría. Este punto ha confundido a los comentaristas comprometidos en la política de partido. Historiadores marxistas y de ideología liberal-capitalista han tendido a acomodar a los anarquistas entre los miembros de la izquierda revolucionaria o entre los abogados de un tipo extremo de *laissez-faire*. Así, se han introducido términos como el libertarismo de derechas y el libertarismo de izquierdas⁶. El hecho es que las diferencias y la crítica mutua entre la teoría política del anarquismo reformista y las concepciones capitalista y socialista no se puede valorar propiamente mientras se continúe en el marco de referencia de la dicotomía derecha-izquierda. La queja de nuestros autores es que la teoría anarquista no se puede definir con terminología arquista. Así, Godwin prefería continuar dentro de las tradicionales concepciones en materia de filosofía social y consecuentemente rechazó las

5 cf. TUCKER, B. *State Socialism and Anarchism*. 1888. Editado por J. Martin. Colorado Springs, 1972. p. 36.

6 cf. DE LEON, D. *op. cit.* p. 65.

innovaciones de Malthus y de la ilustración francesa. Para él, la ciencia social debería volver a centrarse no en temas de política económica sino en “examinar como el hombre y la sociedad pueden idear los medios para alcanzar la mayor felicidad posible”⁷. Godwin insinúa que la ausencia de injusticias y explotación no constituyen la felicidad de por sí. Hay que volver a distinguir entre la suficiencia económica y la felicidad, distinción que no se encuentra en las concepciones capitalista y socialista. Por un lado hay que desterrar la injusticia social facilitando la independencia económica del individuo soberano y por otro no hay que confundir esto con la felicidad individual de cada uno pues en cuanto se dogmatiza en este punto se establece una libertad por obligación y esto es una contradicción ontológica.

Quizá podemos seguir el argumento de Stephen P. Andrews, uno de los discípulos de Warren, para captar la importancia del punto que estamos debatiendo. “El socialismo”, dice Andrews, “sólo ha demostrado que las clases trabajadoras están bajo un sistema opresivo pero no ha explicado la naturaleza del verdadero sistema hacia al que deben moverse con la mayor rapidez posible. El fallo del socialismo se evidencia en su táctica equivocada y especialmente a través de los sindicatos y del uso de la huelga que no son sino paliativos temporales. Lo que se requiere no es un compromiso para salvar el sistema sino dar un paso fuera del sistema”⁸. La diferencia entre el sistema viejo (arquista) y el nuevo (anarquista) reside en un modo diferente de entender el trabajo humano. Es de capital importancia en nuestro argumento darse cuenta de que mientras el capitalismo y el socialismo tienen un concepto comercial del trabajo y así lo someten a las fluctuaciones del mercado o a las demandas de la planificación central, los anarquistas reformistas rechazan “no solo toda determinación mecánica del valor material de las cosas sino también la designación del trabajo como una mercancía como defienden los economistas burgueses y Karl Marx”⁹. El problema no se puede resolver sólo por el economista o el sociólogo. Es necesario utilizar los primeros principios filosóficos para entender propiamente la íntima relación que existe entre el trabajo, la felicidad, y la naturaleza humana. Así, para nuestros autores el error básico del capitalista y del socialista consiste en dar al economista y al sociólogo título de filósofo y en suponer que su concepción del trabajo estaba justificada por las leyes naturales en el marco de referencia de la antropología filosófica.

Godwin, Tucker, Read, y particularmente Gill y Warren, brindan una sugestiva teoría del trabajo humano. El trabajo no es una necesidad ni un instrumento de seguridad en el futuro, ni un medio de promover la igualdad entre los hombres. El tra-

7 ROSEN, F. “The Principle of Population as Political Theory”, *Journal of the History of Ideas*. 1970. p. 43.

8 HALL, B. “The Economic Theories of Stephen P. Andrews”, *South African Journal of Economics*, 43,1,1975. p. 47.

9 ROCKER, R. *Pioneers of American Freedom*. Los Angeles. 1949. p. 111.

bajo es un concepto independiente de su remuneración y uso. El trabajo no es un resultado de la actividad “ad extra” del hombre sino una consecuencia de sus peculiaridades “ad intra”. Los productos directos del trabajo humano se pueden intercambiar pero propiamente hablando no se pueden pagar. El trabajo no es una mercancía. La misión intrínseca del trabajo humano es individualizar al hombre –el trabajo es lo que descubre a los individuos en el grupo social. El trabajo es un concepto que pertenece al ámbito de la filosofía moral. El desarrollo de esta teoría es consistente de Godwin a Gill y la mayoría de los autores de la escuela tratan del tema con profundidad. El trabajo humano es visto como el medio de realización de las potencias de la personalidad humana, como un medio abundantísimo para evitar la comodidad materialista, y como un elemento unificador y un estímulo para el progreso y la cultura.

Es desde este pedestal en el que se ha puesto al trabajo del hombre desde el que los anarquistas anglosajones marcan sus diferencias con el capitalismo y el socialismo. Estamos ante un concepto de la naturaleza humana en el que la individualidad e independencia del hombre se basan sobre dos libertades principales: autonomía del trabajo y cultura. La perversión que de estas libertades hacen el capitalismo y el socialismo pone a estas doctrinas fuera del marco de operación de la ley natural.

Contrariamente a lo que podría pensarse a primera vista, nuestros autores, si estuviesen obligados a escoger, elegirían el capitalismo antes que el socialismo. Tucker claramente establece su posición cuando escribe que “a pesar de que nosotros abominamos la sociedad burguesa, preferimos la libertad parcial que esta garantiza a la completa esclavitud del socialismo de estado. La dura competición que salva a algunos y que sumerge a otros, que a algunos depara riquezas y a muchos pobreza, pero que raramente destruye la esperanza por un futuro mejor, es sin duda preferible a la uniforme miseria de una comunidad de bueyes sometidos al yugo de sus invisibles opresores”¹⁰. Nuestros autores consideran que el capitalismo corrompe la razón y hace al hombre esclavo de la materia. Willian Godwin desarrolló el tema de la preponderancia de la vida del espíritu que tiene como consecuencia la liberación de la opresión de la materia. “La acumulación de la propiedad”, que es el término premarxista que Godwin utiliza para denominar lo que llamamos capitalismo, “es hostil al enriquecimiento cualitativo de la vida ya que arroja el poder de la razón en el barro, extingue el genio humano y reduce la masa humana a depender del cuidado de la circunstancia”¹¹. Estos mismos sentimientos se pueden detectar en Gill que dice que “nuestro mundo industrializado no esclaviza al trabajador en el sentido legal, técnico o político, ni necesariamente le maltrata física o mentalmente; lo que hace, es reducir al trabajador a una condición inhumana de irresponsabilidad intelectual

10 TUCKER, B. *Why I AM an Anarchist*, 1892. Editado por J. Martin. *op. cit.* p. 36.

11 WOODCOCK, G. *Anarchism*. New York, 1,962. p. 81.

tual"¹². Gill es quizás el más acerbado crítico del capitalismo entre los representantes de la escuela. Para él, el capitalismo industrial implica una forma de vida que es incompatible con la naturaleza humana. "El capitalismo", dice, "es una doctrina social basada en el beneficio económico y su objetivo es producir para obtener beneficio. En este sistema el trabajo humano y su producto se contemplan desde el punto de vista de su comercialización y no desde el punto de vista de su cualidad intrínseca y de las reales necesidades del hombre"¹³. Como podemos observar, la posición de los anarquistas reformistas difiere de la crítica marxista del capitalismo. Entre otras cosas, la crítica anticapitalista de nuestros autores conlleva el rechazo del socialismo científico pues se rechaza toda forma de propiedad pública. "El capitalismo implícitamente y el comunismo explícitamente llevan a la propiedad pública para el uso privado. Es exactamente lo opuesto a una sociedad natural donde debe haber propiedad privada para uso público"¹⁴.

Como vemos, la crítica de los anarquistas reformistas adolece de la carga emocional inherente a la lucha de partidos y se centra en cuestiones de principio. Para Read, el anarquismo no es un sistema político sino un filosofía que no se puede planificar en términos políticos más allá de las metas inmediatas reconocidas por la ley natural. El designio central y la burocracia que forman parte del programa político de los partidos socialistas, supone una nueva capa de complejidad dentro de un sistema de organización social congestionado en exceso. Para nuestros autores, el socialismo merece la misma crítica que el capitalismo y además un duro reproche por su táctica de acción que ha supuesto una traición para las esperanzas que el trabajador muchas veces ha puesto en él. Los anarquistas reformistas no están interesados, como los socialistas, en cuánto el trabajador obtiene por trabajar sino en qué hace el trabajador trabajando. La relación trabajo-felicidad-naturaleza humana depende de esto y el olvido socialista de esta cuestión es imperdonable. "El movimiento socialista no ha sido inspirado por ninguna otra idea acerca de la meta de la vida y del trabajo humanos que la misma idea capitalista contra la cual parecía revelarse. El socialismo como movimiento político no es más que un intento por redistribuir los beneficios derivados de la explotación moral del trabajador"¹⁵.

El dilema anarquismo-anarquismo sale a la superficie de nuevo. En un primer momento, la pseudo-anarquista promesa contenida en la utopía marxista atrajo la atención de nuestro grupo. Andrews fue el primero en publicar el Manifiesto Comunista en América (1871), pero luego fue expulsado de la Internacional acusado de simpatías intelectuales burguesas. Warren ha sido equiparado a Marx pero el paralelismo no pasa del común rechazo de la ideología liberal-capitalista. Aquellos que en un

12 ATTWATER, D. *Modern Christian Revolutionaries*. New York, 1962. p. 217.

13 *Ibid.* p. 215.

14 *Ibid.* p. 227.

15 READ, H. "Eric Gill", *Retort* vol. 2. número 4. p. 20.

principio acogieron con esperanza el advenimiento del poder organizativo del comunismo con la idea de suplantar el sistema capitalista, pronto encontraron razones de amargo arrepentimiento. Esto es una faceta común a todos los anarquistas pues como ha sido observado, “el elemento unificador de la moderna anarquía ha sido la negación de la utopía marxista”¹⁶. Greene, uno de los asociados de Tucker, resume esta actitud cuando escribe que “en el socialismo no hay sino un único patrón que es el estado –una no– persona incapaz de sufrimiento y de felicidad. Así, el socialismo sólo beneficia a demagogos y es, enfáticamente hablando, la organización universal de la miseria... el socialismo nos da sólo una clase: una clase de esclavos”¹⁷.

Liberty, el periódico publicado por Tucker por más de 20 años, es probablemente el mejor órgano para apreciar los matices del debate contra el socialismo y el anarco-comunismo. Para Tucker el término anarco-comunismo representa un concepto contradictorio. El socialismo, mucho peor ideológica y prácticamente que otras formas de autoridad artificial como el parlamentarismo liberal y la autocracia, es simplemente un engaño producto del bajo nivel cultural de la sociedad moderna. Tucker, como la mayoría de los anarquistas era de la opinión que el sistema de monopolios económicos sostenidos bien por el estado o por el poder del dinero de especulación es el primer obstáculo a derribar si se quiere devolver al individuo la autonomía económica. Naturalmente, su crítica del monopolio capitalista difiere de la crítica que del mismo hacen los socialistas. “El socialista”, dice Tucker, “lucha contra los monopolios con el monopolio. El producto pertenece al individuo, el capital (los medios de producción) al monopolio social. Todo el mundo recibe una paga y no hay beneficios. Al individuo se le toleran ciertas libertades, pero sólo se le toleran, él no las tiene como propias. El derecho de la mayoría es absoluto y omnipotente pues el socialista se olvida de que el poder tiende a expandirse y de que el individuo que no tiene los medios para guardar celosamente sus derechos naturales tiende a perder la responsabilidad sobre ellos. El producto final es una religión de estado. Una situación de ensalzamiento de autoridad en la que el monopolio lo abarca todo”¹⁸.

La crítica de nuestros autores es un rechazo total. Para los anarquistas reformistas el capitalismo y el socialismo son dos modos de obtener lo mismo: autoritarismo y la pérdida de libertad y responsabilidad. Nuestros autores afirman que el capitalismo es la causa de la existencia del socialismo pero ellos no se ven a sí mismos como una reacción contra estas dos doctrinas y trazan sus orígenes al terreno ideológico y a la especulación filosófica. Su solución no es histórica en el sentido de que no es el resultado de una determinada experiencia temporal. Al mismo tiempo, el programa

16 MANUEL & MANUEL, *Utopian Thought in the Modern World*. Cambridge (Mass), 1979. p. 739.

17 MARTIN, J. *op. cit.* p. 136.

18 TUCKER, B. *op. cit.* p. 14.

anarco-reformista no trata de planificar o diseñar el futuro utilizando generalizaciones e ideas abstractas. El punto central, adonde el filósofo debe mirar y adonde el capitalista y el socialista no miraron, es el trabajo humano, que no es meramente una actividad exterior del hombre. Este concepto del trabajo está ligado a cuestiones trascendentales y se relaciona con la felicidad y la libertad. El trabajo humano es más un fin que un medio y como consecuencia la sociedad debe interesarse más por la calidad del trabajo que por la cantidad de la remuneración. El problema es un problema moral de primer orden. Un problema que el capitalismo y el socialismo sólo han considerado desde el punto de vista social o económico generalizando después y dictando al individuo su propia composición ontológica.